



Ignorar que en España, además del castellano o español, existen otras lenguas vivas, equivale a padecer un extraño tipo de ceguera.

EDUCACION

CATALÀ A L'ESCOLA

En cualquier entidad política organizada y soberana, los lazos que unen al individuo con el Estado varían según una serie muy compleja de factores condicionantes. En términos absolutos, no podemos hablar, por ejemplo, de igualdad entre un niño que nace millonario y el hijo de una prostituta con carnet profesional y un peón eventual de la construcción, quienes, para ponerlo más negro, no han contraído matrimonio canónico. Siempre han existido, debido a causas naturales o artificiales, seres más fuertes, listos, guapos o ricos que otros. Nuestro país, teóricamente tan diferente, no es la excepción que confirma la regla. En España, pese a quien pese —y no se me ocurre a quién pueda pesar—, coexisten subnormales profundos y genios del pensamiento que no se han sentido tentados por aquello de la fuga de cerebros, atletas profesionales completísimos y mutilados de guerra, ejecutivos brillantes afiliados a la «obra» y productores sin cualificar, millonarios de solera y pobres de solemnidad, etcétera, etcétera. También coexisten, coexistimos, individuos pertenecientes a una u otra cultura, españoles todos, por supuesto, pero con distinto grado de oficialidad, de apoyo, de reconocimien-

to y, en definitiva, de posibilidades.

Muchos españoles piensan —pese a los ejemplos del Canadá, Paraguay, Suiza o la URSS, para citar algunos— que eso de la cooficialidad lingüística es una lata. No puedo decir que comparto su opinión, pero puestos a ser realistas, entiendo perfectamente que si el castellano es el único idioma con categoría de oficial en el país, su enseñanza y

difusión se vean mucho más favorecidas que las del resto de lenguas hispánicas. Lo que ya no puedo entender es que en España se preste tan poca atención a la enseñanza de los otros idiomas españoles, idiomas que han servido y sirven de soporte a manifestaciones culturales realmente importantes, y, sobre todo, constituyen el vehículo normal de expresión para millones de ciudadanos que, me parece, también pagamos puntualmente nuestros impuestos directos e indirectos al Estado.

Casi todos sabemos que en España, además del castellano o español, existen como lenguas vivas el catalán, el gallego y el euskera. Ignorarlo equivale a pade-

cer un extraño tipo de ceguera, cuyos motivos, creo, hay que buscarlos en el lamentable despiste de quienes la padecen o en el morboso deseo de practicar, en el último tercio del siglo XX, el desprestigiado deporte de la caza de brujas, que sólo existen en la retorcida mente de los que lo practican. Este trabajo pretende, tal como su nombre indica, mostrar cuál es la situación actual en que se halla la ense-

Josep Ferret

ñanza del catalán y, por supuesto, cuáles son las causas que me hacen pensar que dicha situación es aún del todo deficitaria. No sé exactamente a qué nivel se mueve ahora la enseñanza del gallego y la del vasco; lo intuyo, pero sólo poseo referencias indirectas. Por tanto, a pesar de que los problemas de dichas lenguas sean muy similares a los del catalán, no me siento capaz de tratarlos con la seriedad que se merecen.

El catalán, como todos los españoles deberíamos saber y algunos ya no ignoramos, es una lengua romance hablada en la mayor parte de las provincias de Alicante, Baleares, Barcelona, Castellón, Gerona, Lérida, Tarra-

gona y Valencia, así como en una estrecha franja de Aragón lindante con Cataluña. Se habla también en el Rosellón —Francia—, en Alguer —ciudad situada en la isla de Cerdeña— y en Andorra, Estado del que es idioma oficial. En total, lo hablamos, aproximadamente, unos siete millones de personas, de las que más de seis millones y medio somos españoles. En España, pues, existen más catalanoparlantes que habitantes tienen naciones como Cuba, Dinamarca o Irlanda.

Está formado el idioma catalán por dos familias dialectales: la oriental, con el rosellonés, catalán central, baleárico y alguerés, y la occidental, compuesta por el ribargozano, pallarés, leridano, tortosino, valenciano general y valenciano apitxat. Sus diferencias interdialectales no son mayores a las que existen, pongamos por caso, entre el castellano de Burgos y el de Albacete, por no citar el de Buenos Aires. La literatura catalana está, cualitativa y cuantitativamente, por encima de muchas literaturas escritas en lenguas oficiales, y, junto con la provenzal, son quizá las dos manifestaciones literarias no oficiales de mayor prestigio y difusión en Europa. Por lo que hace referencia a la publicación de textos de carácter científico, el catalán ocupa un lugar preemi-

nente entre todas las lenguas europeas sin categoría oficial, e incluso supera a algunas que la tienen. Su producción editorial —entiéndase publicación de libros en catalán, no publicación de libros en Cataluña, Valencia y Mallorca— es similar a la de países como Filipinas o Venezuela.

Dejando aparte los datos apuntados y el papel que hasta el siglo XV desempeñó como lengua cultural de primer orden —piénsese en Ramón Llull, Ramón Muntaner, Ausiàs Marc o Joanot Martorell—, y tomando sólo como referencia su inequívoca voluntad de sobrevivir, pese a las durísimas condiciones a las que se ha visto sometida, creo con sinceridad que la lengua catalana merece un poco más de conside-

mentado en España un auge considerable, si tenemos en cuenta, claro, que hasta hace muy poco sólo se podía aprender asistiendo a clases particulares o a cursillos organizados por entidades privadas. En la actualidad, y concretamente en el Principado, son muchos los centros escolares que lo enseñan, normalmente fuera del horario escolar y con carácter de asistencia voluntaria. Pese a ello, el número de alumnos aumenta con rapidez. En una ciudad cercana a Barcelona, Santa Coloma de Gramenet, donde una inmensa mayoría de vecinos son castellanoparlantes, una entidad privada, Omnium Cultural, contando con el apoyo del Ayuntamiento, ha llevado a cabo la experiencia de introducir la enseñanza de la lengua dentro del

ple vista, alentador, pero la realidad es muy otra. Los cursos de catalán, por lo general, son financiados por entidades privadas, como Omnium, o de crédito. Algunos Ayuntamientos prestan también su ayuda económica, pero a pesar de ello, el panorama es poco alentador.

En Cornellá se está llevando a cabo una campaña popular pidiendo dos horas semanales de catalán, dentro del horario escolar, para todos los alumnos de segunda etapa de Educación General Básica. Hasta ahora y con la ayuda del Ayuntamiento, que aporta 250.000 pesetas anuales, Omnium organiza cursillos que se dan fuera del horario escolar y a los que durante el último curso asistieron voluntariamente unos 500 alumnos. Los organiza-

postura del Ayuntamiento. Por lo visto, este año se han destinado tres millones del presupuesto al Patronato Cultural Deportivo Municipal, que es, en todo caso, de donde debe salir la ayuda solicitada. Es, pues, totalmente imposible atender la petición. La única solución viable e inmediata parece residir, dadas las circunstancias, en las entidades de ahorro. El PCDM se ha dirigido a las que están presentes en la ciudad, pidiéndoles una aportación para que junto con lo que dará el Ayuntamiento, se pueda solucionar el problema. De las seis Cajas de Ahorros consultadas sólo han contestado, de momento, dos: una ofrece 30.000 pesetas, y la otra, asómbrense ustedes, está dispuesta a colaborar con la ridícula cantidad de 5.000 pesetas.

No hace mucho, Eduardo Tarragona, el popular procurador en Cortes y concejal barcelonés, presentó un ruego y pregunta para que se incluyera en el Consejo municipal, pidiendo al Ayuntamiento cuál era su actitud ante la enseñanza del catalán. Se le contestó que en las escuelas nacionales el plan de estudios es de la exclusiva competencia del Ministerio de Educación y Ciencia, y que en las que antes eran municipales, aprenden la lengua un 80 por 100 de los alumnos. Como vemos, pues, uno de los mayores problemas con que se enfrenta la normalización de la enseñanza del catalán es el de su financiación. En «El Correo Catalán» del día 11 de junio del presente año, y refiriéndose a ello, se podía leer: «Realmente, ya es hora, después de excesivo tiempo sin hacerlo, de que la Administración —que se debe a todos— los afronte con decisión. Con ello serviría al más elemental sentido de justicia y colaboraría de modo positivo al mayor entendimiento y solidaridad efectiva y deseable de los pueblos de España. Porque en todos los órdenes, lo que se opone a la solidaridad es la discriminación».

Los datos hasta aquí apuntados son más que suficientes, me parece, para comprender que la enseñanza del catalán no está, en modo alguno normalizada. Pero por si no bastasen, me permito incidir sobre ello basándome en una razón que estimo poderosísima: la actitud de los habitantes de las zonas de habla catalana. La prensa nacional se hizo eco en su momento de la petición elevada al ministro de Educación y Ciencia por más de 2.000 profesores, alumnos y maestros del distrito universitario de Valencia, solicitando la creación de una cátedra de Lengua y Cultura Valenciana en la Facultad de Letras y en los Estudios Universitarios de Castellón, Valencia y Ali-



Durante los últimos años, la enseñanza del catalán ha experimentado en España un auge considerable, si tenemos en cuenta, claro, que hasta hace muy poco sólo se podía aprender asistiendo a clases particulares o a cursillos organizados por entidades privadas.

ración y apoyo por parte de todos. Hace unos meses, a la pregunta de «¿Cómo ve usted el futuro de la cultura catalana?», Ricardo de la Cierva —«Tele/eX-prés», 8-II-74— contestó textualmente: «Yo le diría que la cultura catalana..., que no será perjudicial para la cultura catalana mi presencia en la Dirección General». Lo que dijo el director general de Cultura Popular permite abrigar esperanzas, pero es francamente revelador.

Durante los últimos años, la enseñanza del catalán ha experi-

mentado en España un auge considerable, si tenemos en cuenta, claro, que hasta hace muy poco sólo se podía aprender asistiendo a clases particulares o a cursillos organizados por entidades privadas. En la actualidad, y concretamente en el Principado, son muchos los centros escolares que lo enseñan, normalmente fuera del horario escolar y con carácter de asistencia voluntaria. Pese a ello, el número de alumnos aumenta con rapidez. En una ciudad cercana a Barcelona, Santa Coloma de Gramenet, donde una inmensa mayoría de vecinos son castellanoparlantes, una entidad privada, Omnium Cultural, contando con el apoyo del Ayuntamiento, ha llevado a cabo la experiencia de introducir la enseñanza de la lengua dentro del

ple vista, alentador, pero la realidad es muy otra. Los cursos de catalán, por lo general, son financiados por entidades privadas, como Omnium, o de crédito. Algunos Ayuntamientos prestan también su ayuda económica, pero a pesar de ello, el panorama es poco alentador. En Cornellá se está llevando a cabo una campaña popular pidiendo dos horas semanales de catalán, dentro del horario escolar, para todos los alumnos de segunda etapa de Educación General Básica. Hasta ahora y con la ayuda del Ayuntamiento, que aporta 250.000 pesetas anuales, Omnium organiza cursillos que se dan fuera del horario escolar y a los que durante el último curso asistieron voluntariamente unos 500 alumnos. Los organiza-

**LA INFORMACION Y LA OPINION
EN LA RADIO SE LLAMAN**

HORA 25

DE LUNES A VIERNES A LAS 23,30 H.

Un equipo de jóvenes y
audaces periodistas
al servicio de la verdad

DESDE RADIO MADRID

Miguel A. Nieto
P. Antonio Aradillas
Manolo Alcalá
Luis Rguez. Olivares
Javier Roch
Angel de la Vega
Rafael Luis Diaz

DESDE OTRAS EMISORAS

Juan Castelló Rovira (R. BARCELONA)
José Antonio Rodrigo (R. BILBAO)
M.ª Teresa Navaza (R. GALICIA)
M.ª Esperanza Sánchez (R. SEVILLA)
Vicente Garrido (R. VALENCIA)
Lisardo de Felipe (R. ZARAGOZA)



¡LA RADIO!

DEPORTES

José M.ª García

DIRIGE

Basilio Rogado

CATALA A L'ESCOLA

cante. Por lo visto, pero el rector magnífico de aquella Universidad retuvo el documento, que no ha llegado aún a manos del titular de Educación y Ciencia. Los firmantes no entienden esta demora, máxime teniendo en cuenta que la Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Valencia se ofreció a costear dicha cátedra. Como dato anecdótico debemos apuntar que en la actualidad el catalán se estudia en más de cincuenta Universidades de veinte países extranjeros y también en algunas de España; en Barcelona, un estudiante puede llegar a doctorarse en Filología Catalana. En marzo de 1974, unas cincuenta entidades barcelonesas, entre las que se encontraban Amigos de la Ciudad, Orfeo Català, Joven Cámara Económica, Círculo de Economía y los Colegios Profesionales de Aparejadores, Arquitectos, Ingenieros y Licenciados, entregaron un memorándum al alcalde de la ciudad en el que se solicitaba la normalización oficial de la lengua catalana a todos los niveles. Con anterioridad, los Colegios de Abogados de Vic y de Valencia se habían mostrado partidarios de la inclusión de las lenguas vernáculas en la escuela, y cuando se estaba discutiendo en las Cortes el proyecto de Ley General de Educación, más de 1.500 entidades de Cataluña apoyaron una campaña pidiendo «català a l'escola».

La cosa, en principio, parece clarísima. Claro, que puede objetarse aquello de que no todos los que viven en las regiones de habla catalana son catalanoparlantes, que es una realidad como un templo. Sólo en Cataluña, según el profesor Vila Valentí, el 60 por ciento de sus habitantes no han nacido allí. Pero veamos cómo ven el problema ellos, los inmigrantes, es decir, los catalanes no nacidos en Cataluña. Según una encuesta que el Instituto de Estudios Laborales de Barcelona realizó en Cornellà, ciudad en la que el 80 por 100 de sus habitantes no han nacido en la región catalana, y concretamente en un distrito donde sólo un 8 por 100 de los vecinos hablan catalán, el 97,3 por 100 de las personas consultadas dijeron que veían positivo el hecho de que sus hijos lo aprendiesen. Como se puede constatar, el resultado parece bastante elocuente en este sentido.

Aún existen más razones para pedir «català a l'escola», más buenas razones. Una de ellas es de tipo religioso. Me explicaré: Que España es un país católico, nadie lo pone en duda, supongo. Pues bien, la Iglesia ha manifestado en multitud de ocasiones su forma

de ver y entender el problema de las minorías nacionales. Juan XXIII dejó constancia de ello en la encíclica «Pacem in Terris», donde se puede leer que los poderes públicos deben aportar su contribución para promover el desarrollo humano de las minorías con medidas eficaces que favorezcan su lengua, su cultura, etcétera. Esto, como es obvio, lo saben todos los católicos del mundo, incluidos los españoles.

Otra puede ser, digamos, de tipo legal. La Convención de la UNESCO contra las discriminaciones en la esfera de la enseñanza fue oportunamente ratificada por nuestro Gobierno, y está en vigor desde el 20 de noviembre de 1969. La Ley General de Educación dice, en su artículo 17, que «Las áreas de actividad educativa en este nivel comprenderán: el dominio del lenguaje mediante el estudio de la lengua nacional, el aprendizaje de una lengua extranjera y el cultivo, en su caso, de la lengua nativa...», y en el 14: «La educación preescolar comprende

juegos, actividades del lenguaje, incluida en su caso la lengua nativa...».

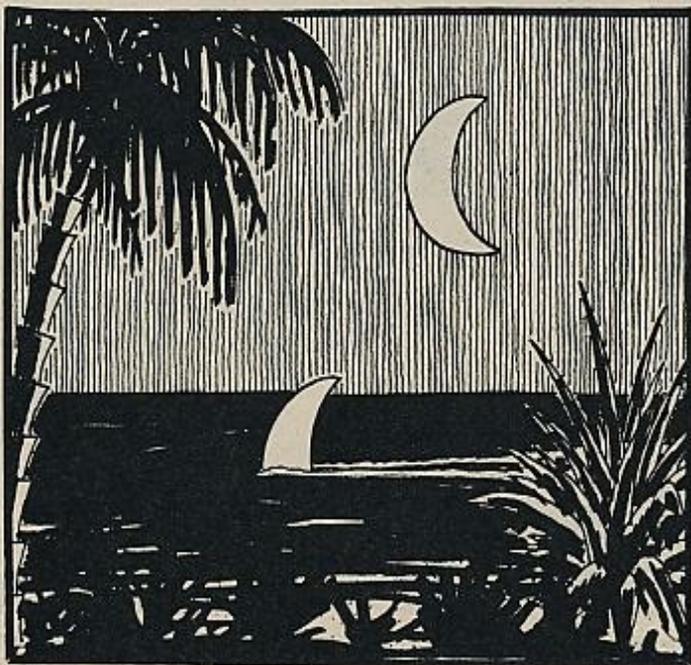
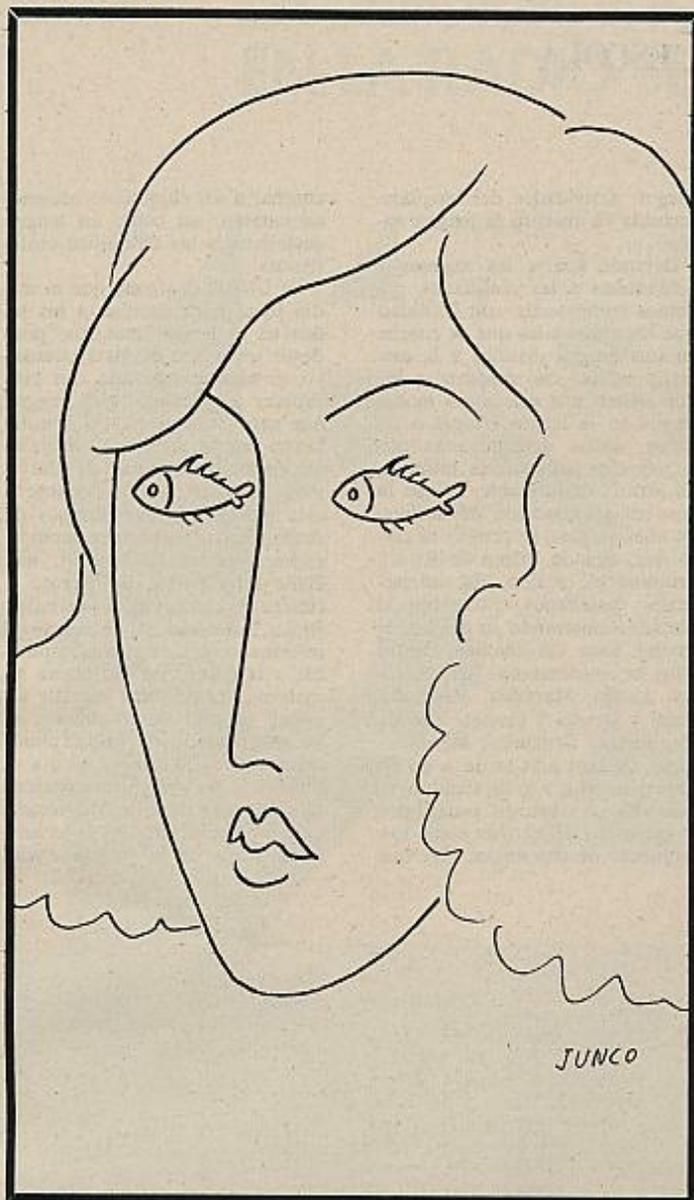
Dejando aparte las razones y ciñéndonos a las realidades, podemos comprender con facilidad que los niños a los que se enseña en una lengua distinta a la materna sufren con respecto a los que siguen una educación monolingüe en la lengua propia o incluso, dadas determinadas circunstancias ambientales, bilingüe, un atraso considerable. El que la cosa es ya conocida de antiguo en nuestro país, lo prueba la carta que, cuando Primo de Rivera prohibió el catalán, 108 intelectuales castellanos entregaron al dictador mostrando su disconformidad ante tal medida. Entre ellos se encontraban figuras como Azorín, Marañón, Menéndez Pidal y Ortega y Gasset. Uno de los ilustres firmantes, Menéndez Pidal, declaró más tarde a un redactor de «La Veu de Catalunya» que «Es un absurdo pedagógico la exclusión del catalán como instrumento de enseñanza. Hay que

enseñar a los chiquillos catalanes en catalán, así como en lengua castellana a los chiquillos castellanos».

La UNESCO afirma que el medio ideal para enseñar a los niños es la lengua materna, pues desde un punto de vista educativo, el alumno aprende con más rapidez empleando esta lengua que otra cualquiera. Un estudio hecho por la Escuela de Psicología de la Universidad de Barcelona demostró, en lo tocante a este punto, que los alumnos de dicha ciudad muestran, comparados con los de Madrid, una clara inferioridad en cuanto a fluidez y comprensión verbales. Dicha inferioridad —concluye el informe— es totalmente imputable a la enseñanza en lengua no materna. El personal docente español, sabedor del problema, se ha manifestado en los términos siguientes: «En el caso de que el niño no sepa castellano conviene que se parta de la propia lengua nativa para inciarle en la lectura y escritura de la lengua nacio- ▶



La UNESCO afirma que el medio ideal para enseñar a los niños es la lengua materna, pues, desde el punto de vista educativo, el alumno aprende con mayor rapidez empleando esa lengua que utilizando otra cualquiera.



Un grave problema de los cursos de catalán es el que representa su financiación. Hasta ahora son financiados, en general, por entidades privadas o de crédito, aunque algunos ayuntamientos prestan también su ayuda económica.

CATALÁ A L'ESCOLA

nal» (1), y los delegados provinciales de Educación de Galicia, País Vasco, Navarra y Cataluña, en una asamblea celebrada recientemente en Madrid, llamaron la atención sobre la necesidad de conservar y desarrollar las culturas y lenguas regionales.

Organizada por el Instituto de Ciencias de la Educación de la Universidad de Barcelona, se ha llevado a cabo en dicha ciudad una experiencia realmente interesante. A lo largo de cuatro cursos se han podido comprobar los resultados obtenidos en tres grupos de alumnos de Enseñanza General Básica, dos compuestos por catalanoparlantes y el tercero por niños de lengua materna castellana. A los del primer grupo —lengua materna catalana— se les empezó a enseñar en su idioma, pero siguiendo un régimen de enseñanza bilingüe, y a los del segundo —formado también por catalanoparlantes— y tercero, siguiendo el sistema tradicional de enseñanza monolingüe en el idioma oficial. Al terminar el experimento, los del primer grupo estaban a un nivel similar a los del tercero y superior a los del segundo en cuanto a conocimientos de castellano y, por supuesto, de catalán. Además, y en comparación con los del segundo grupo, los niños que siguieron el régimen de enseñanza bilingüe se mostraban mucho más comunicativos y dispuestos a colaborar en todo tipo de actividades, su capacidad expresiva era mayor y el clima de las clases mucho más espontáneo y creativo. Entre los tres grupos se procuró que no existiesen diferencias socio-económicas y que el nivel medio de inteligencia fuese similar. Como vemos, pues, científicamente hablando, privar a un chico de la enseñanza en su lengua materna puede producirle ciertos traumas y crear en él una clara deficiencia, tanto en el co-

nocimiento de su propia lengua como en el del idioma oficial.

Julán Marías, refiriéndose al problema lingüístico de los «chicanos», dice —«La Vanguardia», 17-II-74— lo siguiente: «Las grandes minorías que poseen en forma "viva" su lengua, no pueden (ni deben) renunciar a ella. Se deben conservar las lenguas minoritarias, se deben enseñar y usar, se les deben conceder los derechos oportunos», y refiriéndose a nuestro país —«La Vanguardia», 1-IX-74—, que «la tesis —o la práctica política— de que en España no hay más lengua que el español es monstruosa: como error científico, como actitud moral, como conducta social o de gobierno». A pesar de que en el último de los artículos citados nos recomiende, a los catalanoparlantes, no vengarnos (?) ahora de una falsedad oficial, me parece que no estamos haciendo nada más que pedir, con toda justicia algo que sólo nosotros —y en su caso los vascos y los gallegos— debemos soportar y padecer. Pues, en definitiva, tenemos poderosas razones para pensar que nuestro idioma, vernáculo, materno, regional o como quieran llamarle, ha sufrido en épocas históricas más o menos lejanas un trato injusto y discriminatorio, que si bien cuando los conceptos de nación y Estado se confundían, y los países europeos aspiraban a una uniformidad artificial a toda costa, podía ser comprendido por algunos, en la hora presente está completamente superado y supervivencia es un pesado lastre que es preciso aligerar a toda costa, pues no beneficia, creo, en nada a nadie. Pío Cabanillas sí lo reconoció cuando dijo —«La Libre Belgique», 16-II-74— que «Sería injusto ignorar que las culturas regionales son una realidad histórica viva, que se integran en la existencia de España, y que, por ello, es preciso reforzarlas, ya que haciendo lo contrario se deformaría lo que es en realidad nuestra nación».

(1) «Educación General Básica: nuevas orientaciones segunda etapa». Folletos del Magisterio Español 52-53. Ed. Magisterio Español, S. A. Madrid, 1971.

■ J. F. Fotos: FRANCESC PALMER.